



CUZCO.—Iglesia de la Compañía.

Y así, igualmente, hoy deberemos abordar la reparación de la ciudad entera.

Las siete joyas arquitectónicas del Cuzco han sufrido daños más o menos graves. Empero, no irreparables. La Catedral, cuya obra del cuerpo se remata a poco del temblor del siglo XVII, y que lo resiste airoosamente, ahora vuelve a probar su reciedumbre; y la iglesia de la Compañía, en la que el sacerdote flamenco Juan de Egidiano, de la orden de Jesús, impone en su arquitectura el acento de su tierra; y la Iglesia del Hospital de San Pedro, que erige el generoso Obispo Mollindo y amaestra el alarife indio Juan Tomás Tuyri Tupac; y la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, que conserva sus viejos paredones primigenios con su portada lateral renacentista; y la de Nuestra Señora de Belén,

cuyas torres se restauraron no ha poco con su original entablamento recuadrado, retardado florecimiento del barroco; y San Francisco de Asís, de torre castellana, y, por último, Santo Domingo, que domeña al Coricancha pero enquistada en sus entrañas claustales las capillas de la Luna y de las Estrellas del viejo culto helíaco. Y junto con esas siete joyas, setenta joyeles más donde se cuidan seculares retablos, sillerías, púlpitos, cuadros y esculturas multicolores, ambones, lampadarios, platería y mil tesoros más del arte viñero. Y no olvidemos tampoco aquellos muros milenarios, de cantos angulosos, de hiladas regulares, uniformes o torturadas en quiebras del misterio y de agudeza técnica: Awajpinta, con sus piedras sonoras; Hatunrumic, con la de los doce ángulos; Coricancha